

DISCUSION

EN EL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS SOBRE LOS
ASUNTOS DE MEXICO.

México, Abril 22 de 1863.

A los ruidosos debates habidos en España, tanto en el senado como en el congreso de los diputados sobre los negocios de nuestra patria, han sucedido en Francia las discusiones relativas á la misma materia, rastreras y pobres en la cámara de senadores, y animadas en el cuerpo legislativo por la elocuente palabra de Julio Favre, que continúa impávido defendiendo la justicia y el derecho, entre la turba de aduladores que sancionan con sus votos y celebran con sus aplausos los actos mas descarriados del emperador.

Billault, el famoso ministro sin cartera, el republicano rojo de otro tiempo, metido hoy á conservador, el orador oficial encargado de pintar con su verba inagotable lo negro como blanco, el defensor perpetuo de la mala causa, el enemigo gratuito de México; Billault contestó, como la vez pasada, al justiciero tribuno, con un aplomo y una desvergüenza verdaderamente escandalosos.

Antes que ellos hablaron Ernesto Picard en contra, y el baron Gerónimo David en favor de la política napoleónica, rolando el debate sobre una enmienda presentada al proyecto de contestacion del discurso del trono, por los diputados Fayre, Henon, Darimon, Picard y Olivier. En esa enmienda habia un párrafo relativo á México, en el cual, despues de expresar sus autores que admiran el heroismo de los soldados franceses, combatiendo aquí bajo un clima mortífero, y les envian sus votos mas simpáticos, agregaron que las fuerzas de la Francia no deben empeñarse temerariamente en expediciones mal definidas, aventuradas, cuando ni los principios, ni los intereses del país aconsejaban venir á ver qué gobierno desea el pueblo mexicano.

Como no nos alcanza á nosotros la prohibicion imperial de apreciar los discursos pronunciados, usarémos de ese derecho arrebatado á la prensa francesa de oposicion.

DISCURSO DE PICARD.

Dada la palabra á este diputado, para que desarrollara la enmienda que habia propuesto en union de sus cuatro compañeros, empezó quejándose de que la expedicion á México se hubiera acordado y puesto en práctica, sin contar para nada con el cuerpo legislativo. Aun los documentos relativos á la cuestion, presentados oportunamente al parlamento inglés y á las cortes españolas, no fueron remitidos á la cámara francesa sino con mucha posterioridad, esquivándose así la publicidad que tanto se buscó cuando la guerra de Crimea.

El móvil de semejante conducta es para nosotros bien claro. El cuerpo legislativo frances no merece en verdad este sonoro nombre, desmentido por las infinitas restriccio-

nes que lo nulifican. La voluntad del emperador es la única ley del país que fué cuna de los grandes principios de 1789. Bajo la mal puesta careta de instituciones liberales, asoma el rostro deforme de la dictadura. Los llamados legisladores de Francia tienen que conformarse con el principio que place darles en los negocios públicos al capricho imperial, conforme al cual aparecen en plena luz, ó quedan en la sombra, los documentos diplomáticos, segun es franca y leal, ó tenebrosa y páfida, la política del momento.

A juicio de Picard, el ejército de Napoleon está reparando las faltas de su diplomacia, sin que el resultado sea temible, gracias á la intrepidez de los soldados. Recordando que desde hace un año sostenia el ministro sin cartera que las tropas francesas debian estar ya en México, deseó el orador que pudiera darse actualmente la misma seguridad.

Sentimos que de la boca de un hombre justificado haya salido una apreciacion con la que no podemos estar conformes. No cabe en la posibilidad humana que el ejército frances repare las faltas cometidas con nosotros. La única reparacion de la injusticia, de la deslealtad, de la impostura, de la calumnia, es la vuelta al sendero del bien, el arrepentimiento, la palinodia. La intrepidez de los soldados imperiales nada alcanzará á remediar en cuestiones de honra. Aun cuando estuvieran ellos en México, cosa que por lo visto ofrece mayores dificultades de las que creia el confiado M. Billault; aun cuando ganaran una batalla diaria y se apoderaran de todas nuestras poblaciones, esos triunfos no justificarian el derecho de intervencion, no autorizarian el rompimiento del tratado de Lóndres y de los preliminares de la Soledad, no lavarian la deshonra de no haber vuelto á Paso Ancho. Arriba, mucho mas arriba de las funciones de armas, están las leyes eternas de la moral.

Dejando el orador á un lado la guerra, para no hablar sino de la política, examinó la convencion de Lóndres, analizando los sentimientos de las tres potencias que la celebraron.

Enunciando los grandes intereses que tenia en México la Inglaterra, observó que fué la ménos decidida á tomar parte en la expedicion, para la que no quiso enyiar tropas de desembarque, y respecto de la cual estipuló que ninguna de las tres potencias signatarias pudiera sacar ventaja alguna.

Exacta es esta apreciacion, como ajustada á los hechos. No sucede lo mismo en lo relativo á España, á cuya potencia se acusa sin fundamento, de haber querido restablecer aquí su antigua dominacion, cuando lo que realmente pretendia era la reparacion de determinados agravios, justos en su concepto, aunque no en el nuestro.

La Francia vino á México, segun Billault, movida por ultrages acumulados durante veinte ó treinta años. Suponiendo el hecho cierto, es incontestable la reconyencion de Picard, de que debió venirse ántes. La indolencia del gobierno imperial seria en efecto indisculpable, si en el ya largo período de su existencia hubiese visto con abandono los continuos y horribles crímenes imputados á los mexicanos contra los franceses.

El orador pasó á escudriñar los nuevos atentados que hicieron desbordar el vaso en que por tanto tiempo habia estado contenida la paciencia de la Francia, y encontró los de las gavillas que infestaban los caminos, prevalidas de la guerra civil; algunas reclamaciones no justificadas aún; la ley que suspendió el pago de las convenciones diplomáticas. Dijo que los perjuicios de la colonia francesa habian sido ocasionados por el estado del país; que no podia reclamarse lo que no estaba justificado; que el decreto de 17 de

Julio procedió de la impotencia de dar dinero, y fué ademas derogado á poco de haberse expedido; que no podia ser peor escogido el momento para pedir indemnizacion á un tesoro exhausto; que no hubo mala fé, ni mala voluntad de parte del gobierno de Juarez.

No hallando, pues, en los motivos alegados causa suficiente para la expedicion, atribuye ésta Picard al designio de dos de las potencias contratantes, de favorecer en México el establecimiento de un gobierno monárquico.

Insistiendo en su explicacion, afirma que el limitado comercio de los franceses en nuestra república no podia producir los elementos de un crédito cuantioso, siendo el único acreedor que reclama una suma considerable, Jecker, nacido en Porentruy, cuando esta ciudad no pertenecia á la Francia, y naturalizado el 26 de Marzo de 1862.

Venir á México en son de guerra á proponerle que escoja libremente un gobierno, es, dijo el orador, una tentativa de invasion, no una mediacion benévola. No podia ménos de suceder una de dos cosas: ó los mexicanos tenian el envilecimiento de ceder al extranjero, y entónces daban su dimision como pueblo, ó se reunian contra los invasores con la energía natural á los pueblos pobres. La Francia no podia salir bien, sino pagando el precio de su triunfo.

Ningun interes tiene la Francia en colocar al archiduque Maximiliano en el trono de México, como lo ha reconocido el embajador Mon, representante en el congreso español de la política francesa. La empresa ademas es una quimera, como lo han confesado lord John Russell y el duque de Tetuan.

Despues de tan juiciosas consideraciones, comparó Picard con incuestionable exactitud, la proclama dirigida á los mexicanos por Jurien y Saligny, con la que en 1792 dirigió á

los franceses el generalísimo de los ejércitos de Prusia y Austria. En ambos documentos se ha ofrecido, en efecto, proteccion á la parte sana contra los excesos de la faccion que la subyuga: en ambos se han jactado los invasores de no llevar otro fin que la dicha del país invadido, sin pretender enriquecerse por medio de conquistas.

El orador sintió que el rubor subia á sus mejillas, al hablar del ultimatum propuesto por Saligny, en que se hizo ascender á doce millones de pesos el importe de las reclamaciones francesas, y en el que se exigia ademas el cumplimiento del contrato celebrado por el gobierno agonizante de Miramon con una casa suiza. Al recordar que Thouvenel confesó no tener idea exacta del negocio; al fijarse en la fecha de la naturalizacion de Jecker, aseveró Picard que en este asunto hay un enigma.

Agregó que los mexicanos debian alarmarse, previendo los resultados de una regeneracion, que comenzaba protegiendo la introduccion en el país de cabecillas reaccionarios, y que ha continuado permitiendo que combata bajo las banderas francesas Márquez, famoso por su ferocidad.

Todo esto ha sido consecuencia de la política imperial, que repugnó asociarse á la Inglaterra para la adopcion de un sistema de tolerancia religiosa, y que ha tenido la intencion decidida, aunque no confesada, de derrocar á toda costa al gobierno de Juarez.

Del mas lamentable y doloroso de los hechos de la historia diplomática francesa, calificó Picard la violacion del convenio solemne de trasponer los desfiladeros guardados por tropas mexicanas.

Tambien acusó al gobierno imperial de imprevision, por haber dado lugar á la ruptura de la triple alianza.

¿Cuál será, preguntó en seguida, la continuacion de la

expedicion á México? ¿Cuál será su éxito? Con este motivo se encargó del sistema de gran política que ha aparecido de improviso, suponiéndose que se le tenia en reserva, y que si hubiera existido desde un principio, probaria que se obró con insigne perfidia al firmar la convencion de Lóndres, en la que se expresaron fines enteramente distintos.

Consistiendo la nueva combinacion en contrarestar el poder de los Estados-Unidos, se va á precipitar, en concepto de Picard, lo que de evitarse trataba. Luego que los mexicanos se vieron amenazados, volvieron los ojos á sus vecinos.

No puede preverse cómo tendrá la guerra un término pronto y feliz. No se sabe si habrá una ocupacion temporal, ó si se establecerá un nuevo Argel, ó si se emplearán periódica y anualmente los recursos de la Francia en ayudar las revoluciones y los tumultos de los impostores agentes mexicanos, de los que es el gobierno imperial secuaz en la política de empresas y aventuras en que se ha metido. Picard quiere con razon, que se diga al cuerpo legislativo el desenlace pensado, para que sepa en qué van á emplearse los hombres y el dinero que dá.

El orador concluyó lamentando que se aplicara á las relaciones exteriores el principio de la fuerza, que es el de la impotencia, y que ha producido ya tan malos resultados. El principio de no intervencion, no explica la guerra traída á México: el de intervencion estaria mejor empleado en otra parte, es decir, en Polonia.

El discurso de Picard es notable por la solidez de sus fundamentos, por la perspicacia de sus investigaciones, por la valentía con que ha condenado la política vaga y torpe de un gobierno tan suspicaz como perseguidor.

DISCURSO DE DAVID.

Profunda impresion causó en el ánimo de este diputado imperialista, que el preopinante hubiese dado la razon á todos, españoles, ingleses, mexicanos, ménos á la Francia, cuando ésta ha acometido una empresa de imperiosa necesidad, cuando ya un gobierno anterior se habia visto obligado á pedir por la fuerza la reparacion de los mismos agravios, y eso que el tal gobierno no se dejaba llevar de susceptibilidades exageradas, en una época de tendencias ultrapacíficas.

Pues no cabe duda, por mas que ello duela al baron Gerónimo David, que en la cuestion de México todos han tenido razon contra la Francia, á cuyo gobierno han dominado la veleidad y la contradiccion, la ambicion y la perfidia. Con gran cordura ha obrado la Inglaterra, oponiéndose al principio de intervencion, no pasando por exigencias escandalosas. Con hidalguía caballerosa se ha manejado la España, no consintiendo en la violacion de compromisos solemnes. Con decision patriótica se ha conducido México, al luchar enérgicamente contra el invasor, que pretende menoscabar su soberanía.

Al baron David incumbe la prueba de la imperiosa necesidad que ha motivado en su sentir la invasion francesa. Ya veremos si en su discurso resulta demostrada la temeraria proposicion que asentó.

Ni la guerra que nos hizo Luis Felipe fué justa, ni aun cuando lo hubiera sido, pudiera ser trascendental su justicia á la invasion actual. Pretensiones tan descabelladas como la de los sesenta mil pesos de pasteles, trajeron por primera vez á nuestro suelo una expedicion francesa, cuyo resultado fué que se nos arrancara por vía de indemnizacion una canti-

dad tan exagerada, que no pudo repartirse entre los reclamantes, á pesar de que casi todos pidieron ciento por uno. Agravios falsos, abultados con extraordinario cinismo, han servido entónces y ahora de fútil pretexto para abusar de la fuerza en perjuicio nuestro. Como se trataba de una república débil, se abandonó aquí por el rey de Francia el sistema de paz á todo trance observado con las grandes potencias, por las que mansamente se dejaba humillar.

El orador acusa al gobierno de Julio, de que se limitó á medidas á medias que no remediaron el estado de las cosas. En cuanto á Napoleon, despues de llevar la moderacion á los últimos límites, se ha propuesto obtener á mano armada la reparacion de los agravios de sus súbditos. Estos han sido víctimas de asesinatos, robos, espoliaciones de todo género; han soportado préstamos forzosos y contribuciones de guerra; han pagado derechos de importacion y exportacion ruinosos y abusivos; han sufrido la ruptura de compromisos solemnes, garantizados por convenciones diplomáticas. Por estos motivos ha tomado Francia las armas, que no depondrá sino con la certidumbre de no volver periódicamente á comenzar en una campaña sangrienta y costosa, y al efecto, intervendrá en los negocios interiores de México, tratando solamente con un gobierno que ofrezca positivas garantías para el porvenir.

El gobierno de Julio, ya que nos hizo una guerra injusta, tuvo al ménos la sensatez de no haber pretendido intervenirnos. Dirigió su ultimatum al gobierno existente; firmó con él la paz; lo reconoció en todas ocasiones. No es esto hacer las cosas á medias, sino cumplir con los deberes imprescindibles del derecho internacional.

No sabemos cuáles sean las pruebas de paciencia dadas por el gobierno imperial. Las que se citan nada valen. En

la convencion de 1853 se sacó todo el partido posible para los créditos franceses. El almirante Penaud, léjos de tener condescendencias, agravó con sus duras exigencias la crítica situacion que guardaba en Veracruz el gobierno constitucional. Los pasos diplomáticos anteriores al tratado de Londres, fueron todos apremiantes y absurdos. No hay un solo hecho en que se descubra moderacion con México por parte de Napoleon III, que siempre ha sido en sus relaciones con esta república arrogante hasta el menosprecio.

Los asesinatos, robos y espoliaciones que son ya la cartilla en que aprenden á leer los partidarios de la política imperial, carecen de fundamento verdadero, sobre todo presentados como hechos cometidos por las autoridades, ó de que á éstas toque responsabilidad legal. Mil veces hemos pedido ya, que se precisen esas acusaciones vagas, que á polvo quedarán reducidas, luego que se trate de justificarlas con casos determinados.

Los súbditos franceses no han pagado nunca una sola contribucion ó impuesto, de que debieran estar exentos por el derecho de gentes, ó por sus tratados especiales. Los derechos de importacion y exportacion jamas han sido ruinosos ni abusivos, é ignoramos por otra parte con qué justicia se puede prohibir á una nacion soberana que suba sus aranceles marítimos hasta donde le convenga ó le plazca. Las convenciones diplomáticas han sido constantemente respetadas: si por consideraciones poderosísimas se suspendió momentáneamente el pago de los créditos que aquellas amparaban, y entre los que eran insignificantes los franceses, la pronta derogacion de esa medida quitó en el particular todo motivo de queja.

No ha habido, pues, razon para que la Francia tome las armas, una vez que hemos cumplido con nuestros deberes

internacionales. Pero aun concediendo que estuviera autorizada para hacerlo, no lo estaria jamas para intervenir en nuestros negocios domésticos. En vano se alega la inseguridad de que fueran cumplidos los nuevos arreglos que se celebraran. Siempre que se hacen tratados de paz para poner término á la guerra; siempre que se hacen tratados de amistad ó sobre cualquier materia, se corre el peligro de que una de las partes contratantes falte á lo convenido, sin que por solo ese riesgo futuro se intervenga en asuntos ajenos. Cuando se comete la falta, el agraviado busca de todos modos su reparacion; pero no pretende de antemano seguridades que ni siquiera caben en la posibilidad humana.

Las garantías positivas que se piden á México, pueden obtenerse sin que el extranjero cambie nuestras instituciones, ni designe nuestros gobernantes. Ya en una de nuestras revistas anteriores hemos indicado un arbitrio, con cuya adopcion será indefectible el pago de lo que se convenga satisfacer á nuestros acreedores. Pero es evidente que de aquí no se debe pasar, porque pretender que el gobierno mexicano se comprometa á que no vuelva nunca á ser robado ó asesinado un frances, es un verdadero despropósito.

Patente es por otra parte la contradiccion en que se incurre, al protestar que no se ejercerá presion sobre los mexicanos para la eleccion de su gobierno, cuando al mismo tiempo se deja al arbitrio del emperador determinar si ese gobierno ofrece garantías positivas para el porvenir. En caso de que México pasara por condicion tan humillante, bastaria que Napoleon dijese que no le daba garantías el elegido del pueblo, para que ese veto acabara por poner en sus manos el nombramiento de nuestras autoridades supremas.

El baron David, de acuerdo con el emperador, usa desde luego de esa atribucion anómala, y como si fuera su escaño

la cátedra del Espíritu Santo, declara que el gobierno actual de México no dá las garantías apetecidas. Para comprobar su aserto, cita las palabras insultantes del duque de Tetuan, hace á su modo la historia de nuestros partidos y del estado del país, habla de la venta del territorio mexicano á los Estados-Unidos.

Los insultos no son pruebas: no lo son tampoco la difamacion y la calumnia. En cuanto á los hechos, vamos á examinarlos.

La historia de México en estos últimos años, está muy léjos de ser la de individualidades mas ó ménos audaces, que proclaman un plan ó sistema de gobierno, seguidos de algunos millares de soldados. Cabalmente es notable en los acontecimientos á que nos referimos, la desaparicion de toda individualidad. Lo que ha triunfado es la constitucion: lo que se ha sistemado es la legalidad; lo que gobierna es la idea progresista. Las personas son ya nada entre nosotros: los principios lo son todo.

El número de encuentros habidos para llegar á este resultado, prueba solamente que se trataba de una lucha terrible, en la que los excesos cometidos no llegan, ni con mucho, á los de otros países en sus guerras políticas, religiosas, y sociales.

El estado de atraso en que el orador supone á este país, hasta el grado de asegurar que en él no se encuentra el menor vestigio de civilizacion, es una injuria tan tonta, que realmente no vale la pena de refutarla.

El insolente David tiene el descaro de aseverar, que hay en los conservadores un pudor patriótico desconocido de los liberales. Los conservadores fueron los que sostuvieron la guerra con los Estados-Unidos. Los conservadores fueron los que protestaron contra el tratado Mac-Lane. Juarez y

sus amigos han sido por el contrario, los que con ese tratado entregaban todo México en manos de los Estados-Unidos. Juarez es tambien quien quiso vender parte del territorio nacional en diez millones de pesos.

David, como todos los enemigos de México, charla sin conocimiento de nuestra historia, é incurre necesariamente por lo mismo en inexactitudes garrafales, presentadas con audacia como verdades innegables.

El general conservador Santa-Anna ha sido un Proteo político, que ha pertenecido á todos los partidos. Durante una de sus administraciones tuvo lugar la guerra con los Estados-Unidos, en la cual es de todo punto falso que no tomaran parte los liberales, siempre prontos á sacrificarse por la independencia nacional. Jamas les habia hecho nadie semejante cargo, en cuyo apoyo no se puede aducir prueba alguna. Estaba reservada al baron David esta acusacion, destituida de todo fundamento, apoyada únicamente en su palabra, tan ignorante como audaz.

En la protesta contra el tratado Mac-Lane no obró el gobierno conservador por patriotismo, sino por el odio natural á cuanto pudiera coadyunar á su caida. Falso es, además, que en ese tratado se entregara todo ó parte de México á los Estados-Unidos. Mas falso todavía, que Juarez se haya prestado, ni entónces ni despues, á enagenar un solo palmo del territorio nacional. Cargos son estos desmentidos ya con nobleza y dignidad por el íntegro magistrado á quien se hacen, y bien conocidos de todos como calumniosos.

No seria malo que el defensor de los reaccionarios empleara sus ocios en escribir una obra *histórica*, para rohabilitar al conde D. Julian, á Juan sin miedo, al mariscal Marmont, á Márquez y Almonte, y á otros *pudorosos patriotas*.

Por nuestra parte le recomendamos á los funcionarios que, durante las cuatro administraciones conservadoras de Paredes, Santa-Anna, Zuloaga y Miramon, estuvieron pidiendo para su patria la intervencion extranjera, con un pudor nacional verdaderamente asombroso.

Para demostrar que pedir dinero prestado á los Estados-Unidos es venderles nuestro país, cita el orador los famosos mensajes de Buchanan, de 1858 y 1859, en que se pintó á México reducido á una condicion de anarquía y de impotencia casi irremediables, y se propuso establecer puestos militares en Chihuahua y Sonora, sin ocuparse siquiera del consentimiento de esta república.

Estos y otros antecedentes de la política invasora de nuestros vecinos, sirven solo de comprobantes del peligro que hemos corrido varias veces, de vernos envueltos en una guerra tan injusta como la de 1847. Pero ese peligro es hoy muy remoto, por estar devorados los Estados-Unidos por una lucha intestina, que ha tomado proporciones terribles. Y por otra parte, entre los atentados contra nuestra independencia, de aquellos ó de la Francia, no encontramos diferencia sustancial. No nos conformamos con hacer el triste papel de víctimas, y sobre todo de víctimas resignadas, quien quiera que sea el sacrificador.

Examinando David la convencion de 31 de Octubre, se afana en sostener que contenia el desconocimiento de Juarez, por ser incompatible su subsistencia con la proteccion eficaz de las personas y de las propiedades, y con la ejecucion de las obligaciones contraidas con las tres potencias signatarias.

Tal aseveracion carece de exactitud. Al proponerse la Inglaterra y la España contribuir al establecimiento de un nuevo gobierno en México, partian del concepto equivoca-

do de ser ese el deseo del país, á cuya voluntad sometian siempre el resultado. La subsistencia de Juarez no es incompatible con el cumplimiento de ninguna clase de obligaciones, sino para los que le calumnian pintándole como un mónstruo. Hay que observar de mas á mas en este punto que las conjeturas son inadmisibles en presencia de los hechos; y los hechos no dejan duda de que, la remision del ultimatum, las contestaciones posteriores, la conferencia con el ministro Doblado y los preliminares de la Soledad, son una série de reconocimientos por parte de los plénipotenciarios de las tres potencias, del gobierno de Juarez.

Conformes estamos con David en que se habia admitido la eventualidad de marchar sobre México; pero esto era, ó para obtener la reparacion de agravios no conseguida por la vía diplomática, ó para favorecer los deseos de la mayoría de los habitantes del país. Mucha diferencia hay de uno ú otro de estos casos excepcionales, al propósito invariable de venir á todo trance á subvertir el gobierno establecido.

En vano se atribuye la ineficacia de la accion moral á la falta de energía espontánea de pueblos abatidos por cuarenta años continuos de discordia. La accion física de los ejércitos franceses no ha sido ménos impotente: un año llevan ya de estar ofreciendo su auxilio inmediato á la *mayoría oprimida*, sin que se les hayan unido mas intervencionistas que Márquez, Galvez y Trujeque, dignos protegidos de tales protectores. Los pueblos que, ni solos ni acompañados, han dado señales de vida en favor de la invasion, han salido de su abatimiento, han olvidado sus cuarenta años de sufrimientos para oponerse á sus fingidos redentores, con los que vienen á pelear hasta los de los últimos límites de la república.

Como muy secundarios pinta el orador los incidentes de